



AGRESIVIDAD A FLOR DE PIEL

Tengo la sensación de que andamos crispados. Veo en la calle más discusiones que nunca, más protestas (mi hija me contó no hace mucho el linchamiento público que le hicieron porque se acercó aparentemente demasiado a una playa con una barca neumática) y todos estamos a la que salta, preparados para reaccionar airadamente ante cualquier situación, o ante cualquier crítica o comentario.

Y leo una frase de la novela “la bibliotecaria de Auschwitz” (de Antonio G. Iturbe) que cobra mucho sentido:

“Cuando un perro ladra con ferocidad a un extraño, incluso cuando muere, no lo hace por odio; lo hace por miedo”.

Salimos de una Pandemia (que no sabemos si volverá) y nos metemos en una crisis económica (que no sabemos qué intensidad tendrá y cuánto durará), y tenemos una guerra con amenazas nucleares. Y todo es incierto y volátil. Y si, algunos tienen o tenemos más miedo que antes.

Visto desde esta perspectiva, y aunque nos sean incómodos algunos incidentes, es cierto que podemos relativizar esta crispación. Porque cuando somos víctimas de ella no es un juicio a nosotros ni a nada de lo que estemos haciendo. Es una manifestación del miedo del otro. Va con él o ella, no con nosotros. Si pensamos que quien nos ha hablado es el miedo del otro, las cosas las podemos ver distintas.

Reconozco que a mi también me pasa. Cuando tengo miedo reacciono airadamente. Levanto la voz (mis hijos me lo recuerdan a menudo). Y eso no es fruto de mi odio, ni de mis juicios. Ni tan solo es enfado. Es sólo una manifestación de mi miedo.

Tranquiliémonos y tranquilicemos a los demás en la medida de lo posible. Es la única forma en que podemos hacer la vida comunitaria menos crispada, y sin duda más respirable.